

Lecturas Críticas. Agosto 2025.

Centro Descartes.

Comentario del libro: Silet

Los cursos psicoanalíticos de Jacques Alain Miller.

Dice Germán García, en el mes de julio de 1988 en *Informes para el psicoanálisis*: “Al pasar, Jacques Alain Miller definía en su curso, la práctica del comentario en la Edad Media, con sus tres partes: litera , sensus y sententia. Litera es la comprensión gramatical , sensus la significación explícita y sententia la inteligencia del conjunto.

El comentario de la significación es abierto, resonante, lírico -es lo que se llama las lecturas posibles- Pero existe una lectura imposible, una donde el equívoco está excluido: es la que impone la lógica del texto.” Quizás en esta instancia, en principio esbozaré algo de la lógica del texto y posteriormente abriré algunas resonancias.

Este curso dictado por Miller en la segunda mitad de 1994, y la primera de 1995, y que fuese recientemente editado en 2025, se plantea a partir de tres intervenciones, la primera en París, respecto del texto de Freud “*Construcciones en el análisis*”, una segunda intervención en Buenos Aires con el título “*Imágenes y miradas*”, y la tercera en Atenas, con el título “*El agalma de Lacan*”.

La diferencia que emerge de entrada en Miller es que lógicamente callarse es diferente a permanecer silencioso.

“Cuando decimos callarse, siempre surge la idea de que uno se hace callar a sí mismo o que te hacen callar, mientras que en este caso es la actividad de mantener el silencio”. Quién se mantiene silencioso es el analista, pero también lo hace la pulsión, conjuga Miller.

Se plantea que “el sujeto del verbo Silet podría ser también la palabra, y que la palabra guarda silencio e incluso, desfallece ante el goce”. Ahora bien, si el goce puede ser tanto el placer como el sufrimiento, experimentados como tales, y si el aparato psíquico conduce a la insatisfacción, así como se trata de un sistema que alcanza su propio tipo de satisfacción, podremos entender entonces aquello que Lacan resumió con una frase en “*Televisión*”: “el sujeto es feliz”.

Respecto de esa suerte de satisfacción paradójica, estamos frente a algo distinto de la retórica de la falta, en donde ese estado debe ser rectificado en el nivel de la pulsión. Con lo cual Miller postula que con Silet se propone estudiar los modos de goce, y que, si bien por ejemplo el síntoma hace daño y uno se queja de él, es de hecho un goce, “un modo de gozar mediante el sufrimiento”.

Es claro que el psicoanálisis apuesta a una incidencia desde lo simbólico en lo real, o más claramente desde la palabra para rectificar un modo de gozar. Miller retoma para hablar de la interpretación, el título del escritor y poeta René Daumal, para su primera clase y capítulo del libro: *Los poderes de la palabra*. Y allí tenemos la referencia de la retórica hindú en donde el sentido es un poder. Hay por lo menos tres tipos de sentido: literal, figurado o metafórico y el sugerido, que según Miller es el que cuenta ya que no puede ser decodificado y depende de la ocasión. Ese plus de sentido queda traducido por aquel autor, como la resonancia de la palabra, y podría ubicarse según Miller en lo que Lacan supo llamar la poética de la obra freudiana.

Hay distintas maneras de afirmar una cosa, y su contrario, por eso en un punto o en varios, Miller se aboca a pensar el reverso de Lacan. Hay una primera dificultad que es la relación del decir con el gozar. ¿Qué puede cambiar del modo de gozar de un sujeto? Habría que ver, por supuesto si Freud explicó las consecuencias prácticas, por ejemplo, de su segunda tópica, estructural, y no solamente de una forma alusiva. Tal vez por eso se destaque que en el informe de Roma, con Lacan, hay una doctrina que contiene un capítulo técnico, en su punto tercero, y podría resumirse en un principio que es: allí donde se trata de gozar, para el analista, no hay nada que decir. “El analista debe saber callar.” En esa época la consecuencia técnica implica devolver a la palabra su función constituyente para el sujeto, es decir que se funde en su palabra, por lo tanto, no se funda en su goce, “el goce no funda nada, el goce captura”. Es por eso, entre otras cosas, que frente a los posfreudianos marcará que no hay que interpretar la resistencia, lo cual implica no interpretar el goce.

Asimismo, hay algo que también en el informe de Roma, que ha dicho: la interpretación no da en el blanco, salvo a condición de que el analista como sujeto se funde en ella”. El ejemplo paradigmático se encuentra en el “Tú eres mi mujer”, que implica una “palabra mediante la cual, con la mediación del Otro, el sujeto se constituye como esposo”. Paradigma, entonces, de la interpretación.

Es muy interesante cómo Miller va a puntualizar la crítica de Lacan a Freud por relegar la teoría de las pulsiones y luego en una gran estrategia dialéctica, Miller defiende a Freud, postulando o replanteando el modo en que Lacan en su “refundación” desvaloriza lo que corresponde al goce. De todos modos, veinte años después en el Seminario 20, *Aún*, hay un panorama distinto. Allí tenemos a un Lacan que explica que el inconsciente estructurado como un lenguaje, lleva a entender “que el inconsciente significa que el ser, hablando, goza (...) se satisface con el blablablá”.

En la clase que titula *Relación de la interpretación con la pulsión*, resalto de Miller, que, si la interpretación es el modo por excelencia de operar en el análisis para producir transformaciones, mutaciones del sujeto, en ese primer momento de la teoría de la interpretación, ese lugar desertado por la pulsión es la intersubjetividad. Creo de gran relevancia ubicar que así la interpretación es

decisión, es acto, es creación, ex nihilo, porque el analista debe fundarse en ella; parte de un punto de falta y “produce cierta conversión de la nada de la que se beneficia por la palabra fundadora de la interpretación”. Así tenemos dos vertientes en la interpretación intersubjetiva: la primera, en donde “se trata del reconocimiento del sujeto, de la fundación recíproca de los sujetos en la palabra, y en la otra no se trata de mucho más que de subrayar el significante, tomar nota de él, como si por su sola emisión en la palabra, ya se hubiera cumplido”.

Si este tipo de interpretación está identificada con el reconocimiento, el segundo punto de partida de Lacan será, por el contrario, plantear que la interpretación es lo opuesto a todo reconocimiento.

Creo fundamental, destacar lo que ubica Miller, respecto de cómo el par pregunta-respuesta, fundamental en el inicio de su enseñanza, es sustituido por el par demanda-deseo. Y si la respuesta es el deseo, “no se trata tanto de que el deseo se interprete, sino de que el deseo es él mismo intérprete”. Pero, además, si ese deseo interpreta, la práctica de la interpretación se irá reduciendo al silencio. Tendremos un deseo que estará estructuralmente entre las líneas y que no se tratará de reconocerlo, ya que “está ahí y se desliza”.

Así y todo, hay una aclaración que vale la pena, y es que no se trata de un silencio, a lo Wittgenstein, en donde de lo que no se puede hablar, que sería el deseo, hay que callar. Se trata de decirlo entre líneas, alusivamente, errando.

Miller se propone revisar los cuestionamientos a Lacan antes de postular algo acerca de los modos de goce. Así es que retoma la crítica, y le hace lugar, a las de Laplanche y Leclaire, que en los años 60 intentan hacer accesible al público en general y confrontar la enseñanza de Lacan con Freud, demostrarla en la práctica y rebatirla e inclusive completarla. “El leitmotiv del trabajo es que Lacan pasa por alto la pulsión...”, Miller llama la atención acerca de que esa crítica está obviando el término “goce” que ya está en el Seminario de la Ética del psicoanálisis en 1960. De todos modos, reconoce que intuyen una dificultad en la enseñanza de Lacan. Y afirma: “Orientándose por la conexión entre la pulsión y el objeto perdido, así como entre el goce y la castración, es como Lacan se alzaría con sus propias alas-si puedo decirlo así-sobre este pantano de problemas. Es lo que faltaba al principio en su estudio del inconsciente freudiano. Y hay que reconocer que el esquema presentado por Laplanche y Leclaire no es absurdo”.

En lo que hace a la *Arquitectura conceptual*, me refiero a esa clase en este volumen, la transmisión analítica está más cerca del matema que de la tradición, aunque aquella, aún en la formalización, por ejemplo de las matemáticas, “se disciplinan fenómenos de estilo, preferencias, hábitos y también ideas preconcebidas, valores, obstáculos epistemológicos debidos a estos valores. Por eso siempre ha habido escuelas y maestros en las matemáticas.” De tal manera que no puede acallarse el comentario que da lugar a las diferentes características subjetivas de los enseñantes.

Más allá de los estilos, hay que recordar que en el psicoanálisis siempre hubo un esfuerzo para “elevar el control a la transmisión”, por ejemplo, mediante la exposición pública, “la exigencia de que el practicante hiciera una exposición pública ante el conjunto de una comunidad, para mostrar cómo se practica el psicoanálisis, a falta de una demostración.” de todos modos, y más allá de esa opción, y al final “Lacan se había puesto un poco de lado, desplazando el acento

desde la noción de pasaje -presente, tanto en la tradición, como la transmisión- a la de invención. En definitiva, su contribución consistió en decir que le corresponde a cada uno reinventar el psicoanálisis.”

Volviendo a la cuestión del goce y llevado a pensar en la lógica de su enseñanza, Miller ubica en el capítulo *Del deseo al goce*, que en primer lugar sitúa al goce como imaginario, como una inercia, como si siempre se gozara en el mismo lugar; en segundo lugar hay un goce que está ligado al deseo, que destaca en *La instancia de la letra*, como un deslizamiento; y en tercer lugar está lo que se pone de relieve en la *Ética del psicoanálisis* que podemos llamar un goce de la transgresión. El goce se manifiesta como vinculado esencialmente al exceso. Y si bien en ese *Seminario*, el orden simbólico intenta atemperar el goce, persiste un resto irreductible. Miller dice que Lacan se dedica luego a la elaboración teórica de ese residuo libidinal. E incluso lo mueve a repensar el fin de análisis, lo cual pensado a partir del falo consistiría en una desidentificación, pero que con ese residuo irreductible se trataría de algo más peliagudo.

En la misma clase Miller menciona el relanzamiento de Lacan con la producción de los cuatro discursos y *Radiofonía*, con tres rasgos principales:” Lacan empieza fijando el rasgo de exceso de goce –el que había abordado anteriormente como transgresión- calificando el objeto *a* como plus de gozar. Entonces no se trata de una transgresión, sino, de entrada, de una anulación del goce por el significante y luego un excedente de goce que es el *a* minúscula. El nuevo paso en su enseñanza resulta de la definición del objeto *a* como plus de gozar, o sea, como exceso con respecto a un goce anulado por el significante.”

Hay un desarrollo sumamente exhaustivo de los goces en el capítulo *Modo de gozar*, que se inicia reconociendo que confinar el goce a lo imaginario se convirtió en un obstáculo epistemológico, y que tiene en un axioma opuesto, claramente referenciado en el Seminario 17 del Reverso del psicoanálisis, aquel que conjuga el automatismo de repetición y la pulsión.

Finalmente, en esta primera parte, valga también aquello que supo plantear Miller en *Punto cenit*, cuando advertía que : “el plus de gozar ha subido al lugar dominante” “Comanda, ¿pero qué comanda? No comanda un “eso marcha”, sino un “eso falla” que precisamente escribimos S tachado. Si el psicoanálisis vino a responder a un malestar de la cultura, si la práctica freudiana abrió la vía a una liberación del goce, y si la práctica lacaniana se encuentra con las consecuencias de ello, ¿qué otras respuestas que la del analista desde su presencia, su interpretación y su silencio?

Silet, ya que como en la retórica, saber callar, y saber la diferencia de permanecer en silencio, es también saber cuándo hablar ya que eso también implica un goce, es decir, una satisfacción paradójica.

Félix Chiaramonte

Referencias bibliográficas:

Silet . Los cursos psicoanalíticos de Jacques Alain Miller. Ed. Paidós.
Punto cenit. Política, religión y el psicoanálisis. Jacques Alain Miller. Colección Diva.

Informes para el psicoanálisis. Una salida. Germán García. Otium ediciones.

Enviado desde mi iPhone

